

TERROR EN LA RED 2



La mujer
con el corazón lleno
de tormentas

ÁLVARO COLOMER
Y ANTONIO LOZANO



edebé

TERROR EN LA RED 2

La mujer con el corazón
lleno de tormentas

ÁLVARO COLOMER
Y ANTONIO LOZANO

© Álvaro Colomer y Antonio Lozano, 2013

© de esta edición: Edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

ISBN 978-84-683-0821-0

Depósito Legal: B.
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA MUJER CON EL CORAZÓN
LLENO DE TORMENTAS

WWW. PRIMERA PARTE

[http://1_](#)**EL RETORNO DEL TIBURÓN**

El capitán Arístides Markaris observaba el horizonte marino con sus prismáticos de visión nocturna. Acababa de entrar en la cabina de mandos y el segundo de a bordo, un chico de veinticuatro años que se movía con el mismo sigilo que una barca deslizándose por el lecho de un río, se había colocado a su vera. Ese subordinado siempre andaba cerca, como una segunda sombra que hubiera brotado de repente o como un perrito que sigue a su amo allá donde vaya. En alguna ocasión, el capitán se había llegado a pegar un susto al darse la vuelta y encontrarse al joven a sus espaldas, quieto y silencioso como una estatua, observándolo todo con ojos escrutadores, en actitud de alerta, ansioso por no perder detalle durante las maniobras que su superior dirigía.

El capitán recordaba perfectamente el día, cinco años atrás, en que el joven embarcó por primera vez en el transatlántico. Por aquel entonces, no era más que un jovencito imberbe y asustadizo que se dejaba intimidar por el resto de los marineros. No hablaba con nadie, agachaba la cabeza cuando se cruzaba con un veterano y jamás se unía a las fiestas que los compañeros organizaban en sus horas de descanso. En realidad, ese chaval, cuyo nombre era Mark Huston pero a quien la tripulación llamaba con rechifla «el marinerito», se mataba a trabajar. Cuando los demás disfrutaban de unas horas de asueto, organizando timbas en la sala de máquinas, echando partidos de fútbol en la proa del barco o fumándose un pitillo acodados en la borda, Mark acudía a la sala de mandos y pedía al capitán, siempre con la mirada clavada en la punta de sus zapatos, que le dejara permanecer a su lado, que le permitiera seguir aprendiendo, que le ayudara a convertirse en el mejor marinero que jamás conoció el mar. Arístides Markaris nunca se había encontrado con nadie tan ilusionado con llegar a ser un gran capitán.

Al principio, a poco de que Mark Huston se enrolara en aquella compañía naviera, su superior le instaba a que sacara más provecho de su tiempo libre, a que no lo malgastara sentado en una esquina del puesto de control, a que liberara su mente echándose unas risas con los otros muchachos. Pero no había nada que hacer. El joven se mostraba tan apesadumbrado cuando percibía que le estaban echando de la cabina que su superior acababa permitiéndole quedarse a su lado. Y así había sido cómo, en apenas un

lustro, Mark Huston se había convertido en el segundo de a bordo. Sus compañeros continuaban siendo meros grumetes hastiados de sus trabajos repetitivos, pero aquel chico, ese que había aprovechado las horas muertas para seguir aprendiendo y que había puesto los cinco sentidos en mejorar como marinero, había conseguido ascender en la escala de mando y ahora, con veinticuatro años recién cumplidos, estaba preparado para asumir el control del barco.

Sin embargo, había algo que Mark Huston todavía no había hecho nunca, algo para lo que había que estar sumamente instruido y que su superior jamás le había permitido ejecutar: el atraque del transatlántico. Se trataba de una de las operaciones más delicadas y complejas de la navegación. Los tres mil turistas que viajaban en el crucero dependían de la pericia del capitán y las normas de la compañía naviera dejaban muy claro que nadie podía hacer esa operación sin los galones pertinentes.

—¿Tiene usted las cartas de navegación, señor Huston? —preguntó Arístides Markaris.

—Sí, mi capitán. Las tengo.

—¿Ha comprobado que los datos del ordenador coincidan con las cartas de navegación, señor Huston?

—Sí, mi capitán. Lo he comprobado. Tanto las cartas analógicas como las digitales coinciden en que estamos a punto de divisar tierra.

El capitán Markaris sonrió al escuchar esas palabras. Lo de «divisar tierra» era una expresión antigua, propia de las novelas de Herman Melville, y no tenía cabida en la navegación contemporánea. Ya nadie «divisaba tierra», ya

nadie gritaba «tierra a la vista» desde lo alto del mástil, ya nadie respiraba aliviado cuando una gaviota surcaba el cielo. Todo eso había quedado relegado a un tiempo en el que los barcos carecían de sistemas informáticos de posicionamiento global, a una era anterior incluso a la construcción de faros inteligentes por toda la costa continental, a una época de bergantines cruzando el océano con el viento de espaldas. Un tiempo, por tanto, extinguido.

Por eso mismo, escuchar las palabras «divisar tierra» en boca de aquel aspirante a capitán le pareció enternecedor. No cabía duda de que Mark Huston llevaba a un auténtico lobo de mar en sus entrañas. Ese chico se había leído toda la literatura marina existente en la biblioteca del crucero, había interiorizado el vocabulario y había convertido la rutina de la navegación en una novela en la que todo, absolutamente todo, seguía siendo una gran aventura.

El capitán estaba seguro de que, en la imaginación de su segundo de a bordo, todavía cabía la posibilidad de que los transatlánticos fueran atacados por calamares gigantes, de que los marineros cayeran rendidos por el canto de las sirenas, y de que los barcos pirata —con sus banderas negras de calaveras y tibias, y sus rufianes con pata de palo y parche en el ojo— abordaran a los cruceros repletos de turistas. Y eso satisfacía al capitán. Le gustaba saber que navegaba con alguien que disfrutaba enormemente con su trabajo y que mostraba el debido respeto hacia ese gran manto de misterio llamado océano. Pero lo que más le satisfacía era la convicción de que había sido él, el capitán Arís-

tides Markaris, quien había convertido en todo un marinero a un chaval que hacía cinco años apenas distinguía babor de estribor.

La máxima autoridad en aquella embarcación se sentía como un maestro orgulloso de su discípulo, y por un momento, mientras miraba de reojo a su ayudante, se vio a sí mismo tan caduco como un personaje de Melville. Pensó que, a sus sesenta y ocho años, quizás había llegado el momento de quedarse en tierra firme, de retirarse a una cabaña en medio del bosque —a ser posible en un lugar al que no llegara esa brisa marina que tanta añoranza le traería—, y de convertirse en un anciano que disfrutara contemplando los atardeceres y narrando sus batallitas a cualquier incauto. A fin de cuentas, la navegación había devenido en un ejercicio puramente informático y él, un marinero de la vieja escuela, ya no disfrutaba tanto como antaño. Sí, tal vez se avecinaba la hora de colgar para siempre la gorra y de pasar el timón a las nuevas generaciones.

—Señor Huston —dijo.

—¿Sí, mi capitán?

—Tome usted el control del barco.

El capitán Markaris dijo esto al mismo tiempo que extendía los prismáticos hacia el segundo de a bordo, quien se quedó estupefacto.

—Capitán, creo que no he entendido la orden —titubeó.

Su superior lo miró con afecto, casi adoptando un gesto paternal, y susurró:

—Mark, lo has entendido perfectamente.

Los marineros del puente de mando observaron la escena en silencio, conscientes de su trascendencia, en parte un poco envidiosos.

—Como usted mande, capitán.

Mark Huston asió los prismáticos como si se tratara de la llama olímpica. Era la primera vez que el capitán se los cedía a un subordinado y no había duda de que eso significaba que, cuando llegaran a puerto, Arístides Markaris elaboraría un informe destinado a los dueños de la naviera en el que recomendaría el ascenso del segundo de a bordo a capitán. Pero eso ocurriría a la mañana siguiente, cuando ya estuvieran en tierra firme, después de que Huston hubiera hecho su primer atraque.

—Tripulación —gritó el jovencito—, pongan rumbo a tierra.

Media hora después, las luces del puerto asomaban en el horizonte y el barco reducía la velocidad. La radio escuchó las indicaciones de la autoridad portuaria para proceder al atraque del crucero. Mark Huston sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Había observado al capitán realizar esa operación cientos, quizá miles de veces, en los puertos de Roma, Sydney, Nueva York, Río de Janeiro, Pekín, Mogadiscio... Habían dado la vuelta al mundo cuatro veces, habían surcado los siete mares y echado el ancla en cinco continentes, pero aquélla era la primera vez en que él y sólo él se encargaría de atracar el barco. La gran oportunidad, el momento de la verdad, la recompensa a años de esfuerzo.

Y así de entusiasmado estaba cuando ocurrió lo que nunca tendría que haber pasado: de repente todos los apa-

ratos de la sala de mandos se apagaron, luces y motores incluidos, dejando a la embarcación en la más absoluta oscuridad.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Era una situación extraordinaria, jamás había ocurrido algo así. El silencio se adueñó del barco. Los turistas que atiborraban los comedores, las salas de fiesta y los camarotes también contuvieron la respiración. El transatlántico era una carcasa de hierro flotando en la inmensidad del océano.

Hasta que, de pronto, retumbaron los primeros gritos. La gente cayó en un estado de pánico al comprobar que todo había dejado de funcionar, y seguramente habría empezado a correr despavorida hacia los botes salvavidas si no hubiera regresado inesperadamente la luz. Igual que habían dejado de funcionar sin previo aviso, los aparatos electrónicos y eléctricos reiniciaron su labor, y el suspiro que todos los tripulantes lanzaron al alimón se elevó como un clamor.

Mark Huston miró al capitán aliviado, pero enseguida comprobó que su superior seguía con el ceño fruncido, como si sospechara que los problemas no habían terminado.

—Capitán, ¿en qué piensa?

—Yo no pienso, señor Huston. Es usted quien tiene que pensar. Le he dado el control del barco y ahora tiene que tomar usted las decisiones.

—Pero, capitán, en estas circunstancias, tal vez sería mejor que usted tomara de nuevo el mando.

Arístides Markaris lo miró con severidad:

—Si piensa renunciar a sus responsabilidades ante el primer problema que se presente, tal vez no esté preparado para ser capitán.

Aquellas palabras llegaron a lo más hondo del segundo de a bordo. Su jefe tenía razón. De ninguna de las maneras iba a acobardarse por un mero apagón, así que volvió a erguir la espalda y ordenó a la tripulación que iniciara las pruebas de seguridad para comprobar el correcto funcionamiento de los aparejos. Y ya estaba todo el mundo volcado en la labor cuando un marinero entró en el puesto de mando gritando que estaban siendo abordados.

El capitán y su segundo corrieron hasta estribor, desde donde pudieron ver perfectamente una lancha cuyos pasajeros, embozados con pasamontañas y provistos de equipos de escalada, lanzaban cuerdas hacia las barandillas del barco. Seis hombres empezaron a trepar por el costado del barco, aunque en vez de ascender hasta la cubierta, se quedaron colgando a mitad de camino y, sacando unos *sprays*, se pusieron a dibujar algo en el lateral de la embarcación.

—¡Qué diablos! —exclamó el capitán.

Al cabo de unos minutos, los seis piratas habían terminado la operación y, descendiendo por las mismas cuerdas, regresaron a la lancha y se alejaron. Desde la cubierta era imposible ver la graffía que habían trazado con aquellos *sprays*, así que los oficiales, sumidos en el mayor de los desconciertos, regresaron al puesto de mando con la intención de informar por radio sobre el incidente.

Sin embargo, tan pronto como accedieron a la sala y vieron los rostros de los demás tripulantes, supieron que algo

andaba muy mal. Según les informaron, los aparejos se habían vuelto locos. Los ordenadores no respondían a las órdenes que se les daban, el sistema de posicionamiento global había cambiado repentinamente las coordenadas y los aparatos de control manual habían dejado de funcionar. Desde la sala de máquinas se informó de que el sistema informático había tomado el control de los motores y de que el barco estaba acelerando sin opción de detenerlo.

Y fue entonces cuando el capitán pronunció las palabras que nadie quería oír:

—Señores, el barco ha sido secuestrado... Digitalmente secuestrado.

Todos los ojos se dirigieron instintivamente a él y a su segundo de a bordo por ser los más facultados para hacer frente a la crisis. Los dos se estaban mirando fijamente, sin duda evaluando las consecuencias de lo que estaba ocurriendo.

—Tenemos que bajar los botes salvavidas —dijo el segundo.

—No, no podemos hacer eso —respondió su superior—. Los botes no resistirían las embestidas de las olas que nosotros mismos generamos al navegar a esta velocidad. Los botes sólo sirven cuando el barco está parado o cuando se está hundiendo.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos?

El capitán dio un paso al frente, acercándose a la ventanilla desde donde se divisaba el puerto cada vez más cercano, y dijo:

—Rezar.

En una de las grúas del puerto, encaramado a su parte más alta, un hombre observaba el horizonte con sus prismáticos y un ordenador portátil en el regazo. Tenía una melena larga y de un blanco cegador, y el rostro lleno de cicatrices. Su boca esbozaba una sonrisa y, cuando se retiró los prismáticos, apareció ese ojo con una pupila oscura, como de cristal, que le había valido el apodo de Ojo de Tiburón. Bajo el jersey negro, en el antebrazo derecho, ocultaba el tatuaje de un pictograma idéntico al que sus secuaces acababan de dibujar en el costado del transatlántico que observaba.



Ojo de Tiburón había planeado muy bien el golpe. No quería volver a fallar ni tampoco ser detenido. Desde su último fracaso, había decidido que prefería la muerte a cometer otro error. De hecho, pensar en aquel fracaso le provocaba un estremecimiento.

Habían pasado seis meses desde que sus dos ayudantes, La Sombra y el policía corrupto a quien todos llamaban Harry, intentaran llevar a cabo la Primera Fase de la Estrategia Global, consistente en el asesinato de un grupo de jóvenes adictos a Facebook. Los líderes de la secta Koruki-ya,

empeñados en luchar contra el avance de la tecnología en el mundo, habían planeado diversos sacrificios simultáneos en ciudades de todo el mundo, y sólo él, Ojo de Tiburón, había hecho el ridículo. El resto de los miembros del llamado «Ejército de las Sombras» había ejecutado las órdenes sin mayores contratiempos, pero dos mocosos habían impedido que Ojo de Tiburón consiguiera sacrificar a los chavales de la ciudad que le habían asignado. Su reputación dentro de la organización estaba en entredicho por culpa de dos adolescentes entrometidos: Nerea, una chica de trece años cuyo hermano había sido secuestrado por el propio Ojo de Tiburón, y Derek, un *hacker* que vivía encerrado en una habitación por culpa de un trauma psicológico que le impedía pisar la calle.

Esos dos mocosos habían impedido que Ojo de Tiburón matara a aquellos imberbes y ahora los líderes de la organización desconfiaban de él. Si se repetía el fiasco, la única duda estaría entre suicidarse o dejar que le metieran una bala entre las cejas. Así que no había margen de error en esta Segunda Fase de la Estrategia Global, motivo por el cual había contratado a diez sicarios de la mafia japonesa, la Yakuza, que ahora mismo, escondidos por todo el puerto, vigilaban la zona para que nadie se acercara. Ese grupo de japoneses eran asesinos profesionales, los hombres más crueles que jamás había conocido, sin un ápice de humanidad en sus corazones, brutales e implacables derramadores de sangre.

Así pues, Ojo de Tiburón, sintiéndose seguro con los sicarios a su alrededor, permanecía concentrado en la operación y, de vez en cuando, miraba la pantalla del ordena-

dor con alborozo. Sólo tenía que pulsar la tecla *Enter* para desactivar el protocolo de seguridad del puerto. Estaba seguro de que, a esas alturas, el centro de control portuario ya se habría dado cuenta de que ese crucero se acercaba a una velocidad inusitada y de que habían sido cortadas todas las transmisiones con el capitán. Probablemente ya habrían saltado todas las alarmas y los sistemas de seguridad se habrían activado. Lo que no debían de esperar era que su propio sistema informático, el que controlaba todo el puerto, también fuera a caer tan pronto como Ojo de Tiburón pulsara el *Enter* de su ordenador. Y, cuando al fin lo hizo, la red eléctrica de ese sector de la ciudad se colapsó.

Los informáticos de la secta Koruki-ya habían pirateado el sistema y ahora las luces se apagaban sumiendo el puerto en las sombras. De inmediato se activaron los sistemas de emergencia, pero una segunda orden ejecutada desde el ordenador de Ojo de Tiburón hizo que éstos también fallaran y que la autoridad portuaria perdiera por completo el control del puerto.

—Ya no podéis hacer nada —murmuró Ojo de Tiburón desde las alturas.

Pocos minutos después, el transatlántico entraba como un toro enfurecido en el puerto. Navegaba a una velocidad de espanto, arrollando las embarcaciones de recreo allí atracadas y provocando explosiones a su paso. Ojo de Tiburón se imaginaba los gritos de los pasajeros y los temblores de la tripulación. Nada le divertía tanto como sembrar dolor. La escena le hacía disfrutar, le reconfortaba, le permitía saborear la venganza.

El crucero continuaba devorando cuanto se interponía en su camino. Algunos tripulantes, aterrorizados por lo que estaba ocurriendo, saltaron por la borda para morir al chocar contra el agua o de ser absorbidos por la fuerza succionadora de las hélices del barco. Ojo de Tiburón también se moría, pero de gusto. A su entender, era un espectáculo hermoso. Tan hermoso que aquel hombre de pelo blanco soltó una carcajada que retumbó entre los edificios de la zona y, a continuación, pulsó otra tecla que aceleró todavía más los motores del crucero, poniéndolo a la máxima velocidad. Si no se detenía enseguida, acabaría estrellándose contra el muelle y la quilla se despedazaría como si estuviera hecha de papel.

Ojo de Tiburón mantenía los puños apretados alrededor de los prismáticos y observaba la proa del barco, donde había divisado a un hombre, sin duda un loco, que se había colocado en el extremo del casco, como si fuera el mascarón. Era Arístides Markaris, que momentos antes había dado una palmadita en el hombro de Mark Huston, como despidiéndose de él, y había salido del puesto de mando para caminar hasta la punta de la embarcación. Quería estar delante de todo, ver con sus propios ojos la colisión, caer junto a su barco. Era un suicidio, cierto, pero también era un acto de dignidad. Un capitán asumiendo el mismo destino de su barco.

El transatlántico se acercó al muelle con un ímpetu salvaje y chocó contra el hormigón. El metal chilló como un animal confinado en un matadero, pero el barco continuó avanzando hasta levantar el cemento con su fuerza titánica,

haciendo pensar en kilos de mantequilla arrasados por una cuchara monstruosa. El capitán Markaris todavía se mantenía firme en proa, sujeto a la barandilla, soportando la embestida. Hasta que el barco alcanzó el edificio de la autoridad portuaria y se empotró contra sus muros. Sólo entonces se detuvo.

El capitán había desaparecido bajo los cascotes, decenas de pasajeros habían muerto por culpa de la colisión, la tripulación yacía inconsciente en el puesto de mando. Un individuo, sin embargo, continuaba con los ojos abiertos. Era Mark Huston, que, pese a tener una gran brecha en la cabeza por la que manaba sangre a raudales, seguía vivo. Muerto el capitán, recaía sobre él la misión de evacuar a los supervivientes. Y no pensaba fallarles.